



**Un mundo sin maquillaje**  
(Reseña de Santiago Gamboa, El País. Babelia 2011)

*Compleja, rica, estimulante y totalizadora. Así es El mapa y el territorio, la novela del polémico Michel Houellebecq, ganadora del Goncourt 2010, que llega a España precedida de su gran éxito en Francia. Cara y cruz de un escritor*

Con Houellebecq uno ya sabe que habrá costras levantadas y que alguien, un misterioso y muy elegante narrador, meterá la nariz en la realidad de forma incómoda, escalpelo en mano, y que al revelarnos su versión, su desnuda puesta en escena sin maquillajes ni concesiones, acabará tarde o temprano por salpicarnos de algo que puede ser fétido, proveniente de los más complejos charcos de lo humano, o su contrario: de las refinadas galerías parisinas de arte, de sus frívolos y galantes *vernissages* en donde Jed Martin, el protagonista de esta grandiosa novela (Premio Goncourt 2010), realiza su ascendente carrera artística, desde su primera muestra, llamada por él *Homenaje al trabajo humano*, hasta su consagración y llegada a la cima del mercado del arte, haciendo "una descripción objetiva del mundo", o aquello que la crítica dio en juzgar "una reflexión fría, distanciada, sobre el estado del mundo".

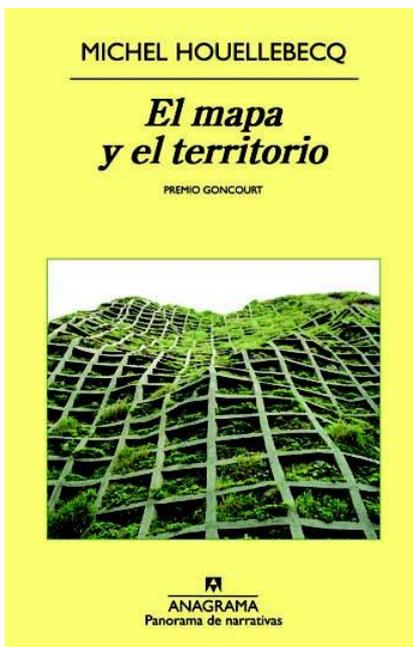
¿De dónde proviene Jed Martin? De un medio aburguesado y culto, aunque algo triste. Su padre, exitoso arquitecto, fue una figura distante y rígida. La madre se suicidó cuando él tenía siete años. De ahí su necesidad de suplir carencias desde joven con la lectura de Platón, Esquilo, Sófocles, Racine, Molière, Hugo... Su primer amor, Geneviève, fue una *escort*. "A decir verdad, las relaciones humanas no son gran cosa", piensa, cenando en Navidad con su padre anciano, solos, sin mucho que contarse y mirando el reloj.

**GRUPO B**



## Tertulias Literarias

A medida que avanza la vida de Jed, en una narración sobria en la que aparece como personaje importante el propio escritor Michel Houellebecq y su amigo Frédéric Beigbeder ("una especie de Sartre de la década de 2010"), se habla de la relación del hombre con el trabajo y la productividad, y en general sobre los oficios de toda índole, tema de los cuadros más famosos de Jed: *Bill Gates* y *Steve Jobs conversando sobre el futuro de la informática*, o Aimée, escort-girl, o Damien Hirst y Jeff Koons repartiéndose el mercado del arte. Se habla sobre la vida y las ocupaciones, y por supuesto sobre arte: "La cuestión de la belleza es secundaria en la pintura", afirma el narrador; sobre los cambios de estilo, alguien dice: "Las más favorecidas son las artes plásticas. En literatura, en música, es totalmente imposible cambiar de rumbo, te lincharían, te lo aseguro. Por otro lado, si haces siempre lo mismo te acusan de repetirte y de estar en declive".



La vida europea de hoy y de un futuro no muy lejano es expuesta y analizada con cierta melancolía: las costumbres veraniegas, los vuelos *low cost*, la soledad y el tedio, la filosofía gastronómica de los restaurantes de moda, la capacidad matemática de los cerdos, las relaciones del arte con la prensa y el papel de esta en la formación del gusto popular (incluyendo una parodia del crítico literario de *Le Monde*, Patrick Kéchichian), las aguas minerales noruegas o la solitaria condición del artista, "alguien *sometido*. Sometido a mensajes misteriosos, imprevisibles", que cada tanto debe exponer, salir a la luz pública, "menos para recibir su juicio que para tranquilizarte sobre la existencia de ese trabajo e incluso sobre tu existencia propia, la individualidad es apenas una ficción breve dentro de una especie social".

Houellebecq, calificado de misógino, racista y de hacer apología del turismo sexual por tratarlo desde personajes fríos o acrílicos (en libros como *Plataforma* o *La posibilidad de una isla*), muy pronto saca su armamento. Hablando de la seducción, le hace decir a su narrador: "Las mujeres de carnes exageradas sólo interesaban ya a algunos africanos y algunos perversos". Marilyn, la jefa de prensa de la galería, que según el narrador viste con prendas que le dan "un falso aspecto de lesbiana intelectual", exclama al regresar de sus vacaciones en Jamaica: "He follado superbién". El propio Houellebecq personaje informa de que desde abril a fines de agosto, cada año, se va a Tailandia, época en que los burdeles funcionan a medio gas, pero "las prestaciones siguen siendo excelentes o muy buenas".

En la tercera parte ocurre un hecho insólito que le da un vuelco a la historia, convirtiéndola además en un apasionante *thriller*. Una peripecia descomunal y aterradora que podría lesionar cualquier otro libro por exceso de carga explosiva, pero no este, pues la verdad es que Houellebecq, ya es hora de decirlo, es de lejos el mejor escritor francés de hoy (seguido por Jean Echenoz, Virginie Despentes y Pierre Michon) y uno de los tres o cuatro mejores de Europa (¿Marías, Amis, Vila-Matas?), y esta novela, *El mapa y el territorio*, uno de los libros más complejos, ricos, estimulantes y totalizadores de los últimos tiempos, dentro de una estética nihilista que emparenta a

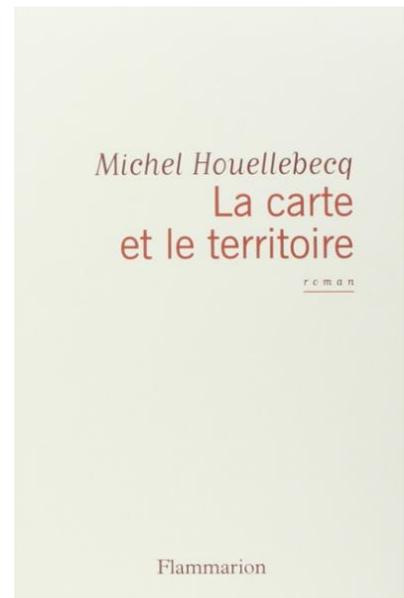


Houellebecq con los grandes heterodoxos franceses, y que lo proyecta hacia el futuro, interrogando el porvenir de un modo lúcido y avasallador.

No está de más señalar que este libro, uno de los más vendidos en 2010 en idioma francés, ya se acercaba a los 300.000 ejemplares antes de recibir el Premio Goncourt, lo que ilustra cómo en Francia los escritores de literatura pura y dura, los verdaderos artistas (en el sentido houellebecquiano, los que están *sometidos* a una necesidad creadora) siguen siendo leídos masivamente y por momentos llegan a ser aún más populares que los autores de entretenimiento, algo que hoy es una rareza en nuestro mundo hispano, donde el golpe de Estado a las letras ya está consumado. *Hélas!* Sea muy bienvenida esta novela, cuya traducción merece también un brindis.

## El mapa y el territorio (Reseña de Nadal Suau, El Cultural 2011)

Así que regresa aquel a quien Fernando Arrabal llamó “cabrón expiatorio”, Michel Houellebecq (Réunion, 1958), el provocador, el profeta. Pero la provocación no tiene excesivo valor en sí misma. Lo valioso es enunciar la verdad que nadie desea afrontar, y que ella provoque al mundo. Houellebecq siempre ha dicho la verdad; tal vez no toda la verdad, pero verdad a fin de cuentas. En cambio, cabría preguntarse si ha sido, en efecto, profeta: situó un atentado islamista en el centro de *Plataforma* en 2001, y en *La posibilidad de una isla* (2005) ofreció una descripción esencialmente veraz de las recientes revueltas islámicas. Sin embargo, el buen profeta equivoca el diagnóstico, porque su denuncia evita que la tragedia suceda al lograr la conversión de los pecadores. Houellebecq no sólo no ha evitado nada sino que, escritor escéptico y determinista, ni siquiera ha pretendido denunciar: lo suyo es un análisis, un precipitado sociológico.



Su nueva obra, *El mapa y el territorio*, provocará un desconcierto parcial en sus lectores más fieles. Vamos por partes: Houellebecq es autor de *Las partículas elementales*, una de las pocas novelas importantes de los veinte últimos años, a la que siguieron dos intentos de repetir la jugada. *Plataforma* y *La posibilidad de una isla* funcionan, sobre todo, como bromas: brillantes, eso sí, y a veces admirables, incluso conmovedoras. Ahora, Houellebecq ha ganado el Premio Goncourt con una narración cuyos defensores califican como “clásica” aunque, vista con peor voluntad, podría parecer, a ratos, sobre todo más “convencional”.

Desde el primer momento advertimos que su ritmo es más reposado, la construcción psicológica de los personajes se elabora con herramientas más tradicionales y el tono literario supera, por primera vez en el autor, al sociológico. No sé si es una buena operación, puesto que en Houellebecq, como él mismo escribió sobre Lovecraft, hay algo que “no es del todo literario”. El francés es un autor



## Tertulias Literarias

imprescindible, pero no un excelente escritor. Quiero decir que sus libros parecían hasta ahora esbozos a la espera de obtener una verdadera forma artística, y a mí me parecía bien así, eso casaba perfectamente con su desnuda convicción de acabamiento del mundo, con su conciencia de callejón sin salida. Era una propuesta interesante: novelas de urgencia para explicar qué está pasando, insinuando que el estilo es hoy por hoy una imposibilidad. Pero de pronto, *El mapa y el territorio* intenta ser literaria en un sentido perfectamente goncourtiano. Se reduce drásticamente el número de chascarrillos nihilistas que nos arrancan carcajadas, y ganamos... ¿Qué ganamos? No estoy seguro.



Dudo que el cambio responda a una claudicación o a una voluntad de ganar nuevos lectores o acceder al Goncourt. No. Se me ocurren dos posibilidades: tal vez Houellebecq ha buscado un (leve) giro entre irónico y paródico, esquivando las expectativas de lectores y crítica, tomando distancia respecto de él mismo; eso explicaría, en parte, que aparezca como personaje. O quizás el novelista ha concebido su novela desde el paralelismo formal con el trabajo del protagonista, un artista que se da a conocer con una exposición de fotografías de mapas Michelin y pasa a la historia por su período figurativo. ¿Una novela de apariencia clásica es el equivalente de un mapa que hace abstracción del territorio, o de un lienzo realista sin intervención tecnológica alguna? Sea lo que sea, y aunque no tengo

claro que la operación sea un éxito absoluto, desde el punto de vista de las ideas *El mapa y el territorio* es muy interesante y sale a la caza de las presas habituales en Houellebecq.

Una voz futura historiando los sucesos, típico recurso houellebecqiano, cuenta la vida del artista Jed Martin, alguien más acostumbrado a hablar con su caldera que a tratar con los hombres. Martin logra el reconocimiento nacional con su primera exposición. Luego, tras un silencio de diez años, reaparece con una serie de retratos que describen profesiones propias de las condiciones de producción en el capitalismo del siglo XXI, ya sea un carnicero, una escort-girl o una asistente de telemantenimiento; Steve Jobs y Bill Gates o un arquitecto en su despacho. Su tercera etapa, abordada años después ya recluido en una hermosa casa regional, consiste en videogramas que reproducen la vida orgánica del bosque, objetos industriales o la degradación de las fotografías de seres amados. Un apunte interesante: el lienzo Damien Hirst y Jeff Koons repartiéndose el mercado del arte es el único que no parece someterse a la voluntad del artista, el único irreductible.

Jed se enamora una sola vez, aunque su historia con Olga probablemente es lo peor escrito del libro; traba amistad con su galerista; y conoce, fascinado o tal vez simplemente reconociéndose en él, al novelista misántropo Houellebecq (también tiene un cameo Beigbeder). Los temas se suceden y superponen: la relación con el padre (no diré que Houellebecq se haya reconciliado con la

**GRUPO B**



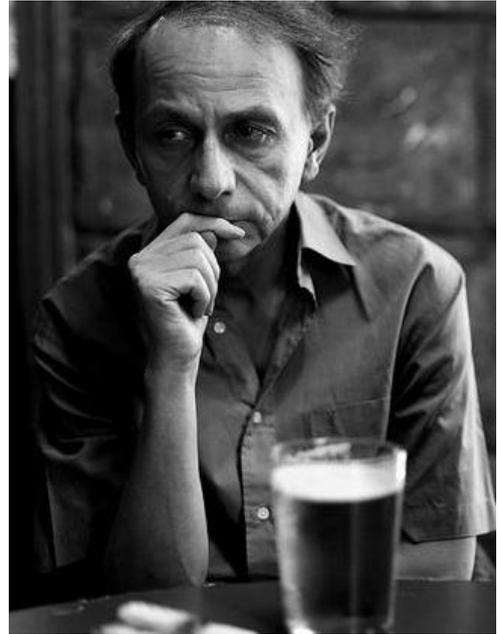
## Tertulias Literarias

institución familiar, sería excesivo, eso es ciertamente demasiado pedirle a Houellebecq, pero el asunto está tratado con auténtica ternura), el amor, los procesos productivos, el futuro inmediato de Europa tras las crisis financieras (atención a sus vaticinios, suele acertar), el turismo, las líneas aéreas que han convertido el viaje en una “experiencia puerilizante y totalizadora”... Por cierto, las Guías Michelin salen bien paradas, no como la Guía del Routard en *Plataforma*: un juicio menos que afrontar para el novelista.

La narrativa de Houellebecq presentaba hasta ahora dos ejes constantes: el dinero y el sexo, por los que el hombre contemporáneo compite en régimen de libre mercado. Aquí, el sexo pasa a un segundo plano aunque, sin alusiones al sexo oral, Houellebecq no sería Houellebecq... Y nosotros no se lo perdonaríamos. Por lo demás, en *El mapa y el territorio* reencontramos no sólo los temas típicos en el autor, sino incluso los motivos: el programa Preguntas para un campeón, las citas de Comte y Agatha Christie, una puya a Robbe-Grillet, las descripciones de insectos y otras alusiones científicas, la cursiva como recurso artístico...

Y luego está la aparición de Michel Houellebecq como personaje, en una tercera parte que adopta la forma burlesca de un thriller: por alguna razón, sin embargo, éste no llega a resultar un recurso bien aprovechado. Sin ir más lejos, como personaje ficticio es mucho más vibrante el Houellebecq que se entrevista con Fernando Arrabal (vean *¡Houellebecq!*, HMR, 2005). Parece, en fin, que el autor, cansado de defraudar las expectativas de los lectores que llevamos años previendo su suicidio (no necesariamente con ilusión), prefiere asesinarse en la ficción. Como meta de su legendario proceso de autodestrucción, me parece más sensato.

*El mapa y el territorio* toca muchos palos pero en realidad sólo conduce a una gran revelación: la “aniquilación generalizada de la especie humana”. Es decir, como todos sus libros: no en vano la obstinación, nos dice el narrador, es la única cualidad humana valiosa en las profesiones “que tienen que ver con la verdad”... Como la de provocador. La obra se cierra con un silencioso y resignado regreso de tres personajes a las casas donde están sus raíces. La muerte, su aceptación, el final del hombre tal y como lo concebimos durante siglos bajo el dogma de la técnica. La tragedia de todo ello pero también su inevitabilidad. Houellebecq, pese a todo.





### **El mapa y el territorio** (Reseña de Miguel Carreira, *El Imparcial* 2012)



El último título de Houellebecq obliga a afrontar distintos factores que resultan desafiantes, aunque, para ser sinceros, en el fondo, lo más amenazador es precisamente un aspecto que no vamos a analizar, pues *El mapa y el territorio* tiene toda el cariz de ser una de esas obras de categoría que con toda seguridad permanecerá un largo tiempo entre nosotros, una novela que de aquí a diez o veinte años mucha gente tendrá en la biblioteca, porque esta es de las obras que terminan en los planes de estudios, quizás no de los institutos, pero seguramente sí de las universidades. Este es un relato que tiene toda la apariencia de que será objeto de sesudos estudios y de tesis doctorales. En lo que se refiere al desafío de su complejidad diremos, para empezar, que en *El mapa y el territorio* no hay trama, al menos no una trama entendida en el sentido clásico, es decir, aquello que se parece a la intriga –aunque no es lo mismo–, que hace que el

lector mantenga la atención en el libro por el interés que le supone saber qué sucederá después. Esto de la trama, durante años, fue un recurso básico de la novela, hasta que alguien decidió que, en lo esencial, la pulsión que nos llevaba a interesarnos por la trama no era ni mejor ni más sofisticada en, digamos, *Los hermanos Karamazov* que la pulsión que lleva a la señora mayor que vive en la casa de enfrente a utilizar la mirilla cada vez que oye ruido en el pasillo. Pero, aunque no hay trama, sí hay argumento, así que esta no es una de esas novelas sobre un profesor de literatura que intenta escribir una novela y se pasa las páginas buscando algo que decir (al final uno suele descubrir que la novela trataba sobre la imposibilidad de decir nada, resulta que hay novelas gruesísimas sobre el tema). En *El mapa y el territorio* pasan innumerables sucesos, algunos lo suficientemente interesantes como para que el cadáver de la trama se remueva ligeramente en su tumba antes de darse cuenta de que el bueno de Houellebecq lo ha convocado únicamente para burlarse un rato a su costa.

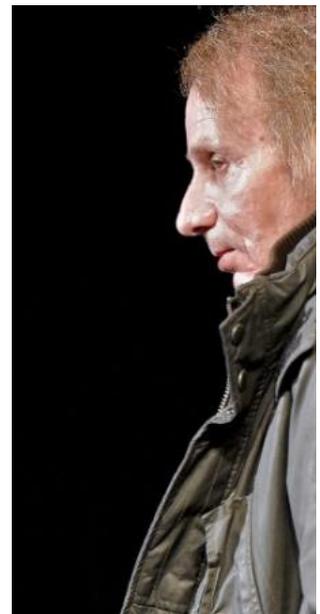
La trama en *El mapa y el territorio* se divide en tres partes y un epílogo. La primera trata, sobre todo, de la trayectoria vital y artística de Jed Martin, el máximo protagonista de la obra. Uno de los personajes más importantes de esta parte, y del libro, es la caldera de Jed Martin, pero no se preocupen, no es que Jed Martin empiece a hablar con su caldera –aunque hay un momento en el que está muy cerca de eso– ni que inicie un diálogo hamletiano con un trozo de carbón en la mano –aunque toda la novela, en general, está muy cerca de eso–. La segunda parte se ocupa, sobre todo, de la carrera de Jed Martin como artista de éxito o, mejor dicho, de la gestión del éxito que hace Jed Martin. Uno de los personajes más importantes de esta segunda parte es Michel Houellebecq, que mantiene con Jed Martin las conversaciones más extensas del libro, en las que Houellebecq habla sobre embutidos y sobre qué animales le merecen consideración y cuáles no (los cerdos sí, las ovejas no). La tercera parte trata del asesinato brutal de Michel Houellebecq, de la investigación



## Tertulias Literarias

de dicho asesinato, de la muerte-suicidio del padre de Jed Martin y de la resolución del caso de la muerte de Michel Houellebecq. Dicho así puede dar la impresión de que la tercera parte se convierte en una especie de novela policiaca, pero no hay nada de eso. La parte de la investigación del asesinato de Michel Houellebecq es, en realidad, la parte del fracaso absoluto de la investigación del asesinato de Michel Houellebecq. La resolución final del caso será una casualidad absurda e idiota que subrayará la idiotez y el absurdo que rodean el asesinato de Michel Houellebecq. El epílogo, al final, contará la última etapa del artista Jed Martin, en la que su obra definitiva se funde con su propia vida, puesto que ambas consisten en dejarse invadir, lenta y tenebrosamente, por la disolución y el olvido.

En el resumen del libro podría dar la impresión de que la historia está contada de forma más o menos lineal o delimitada, pero no es así. En primer lugar, no existe una linealidad cronológica, al menos en la primera parte, pero, sobre todo, no hay una división radical de los capítulos ni de las partes. Tanto unos como las otras forman una especie de estructura covalente en la que, sobre un tema nuclear, van apareciendo asuntos o personajes. La estructura que resulta es tremendamente compleja y es simplemente asombroso darse cuenta de la aparente sencillez con la que Houellebecq la resuelve. Diría incluso que la sencillez es tanta que uno no se percata de la complicada red de alusiones e intersecciones que ha ido tendiendo el libro hasta que empieza a recopilar los temas para, por ejemplo, realizar una crítica sobre el mismo. Resulta tentador señalar que es como si se hubiese recorrido una intrincada red de caminos de cuya complejidad solo se puede ser consciente desde la perspectiva que da el mapa.



Habíamos dicho al principio que esta obra encierra aspectos desafiantes. El primero es, pues, la trama, que ya hemos visto que no es trama en el sentido clásico, pero a la que quizás el término “trama” se ajuste mejor de lo que se ajustará a ningún relato más tradicional. El segundo elemento es la tremenda ambición literaria de Houellebecq, que se atreve a tocar aquí cuestiones como el capitalismo, el arte, las relaciones del sujeto con la sociedad, las múltiples encarnaciones que el sujeto debe asumir a lo largo de su existencia, la propia existencia humana...

Es pertinente apuntar que, quien escribe esto, nunca se ha declarado un seguidor de Houellebecq. Reconozco los méritos –muchos– de, por ejemplo, *Ampliación del campo de batalla* y de *Las partículas elementales*, pero, al final, tanto el uno como el otro terminaron por aburrirme, sobre todo, por el tono quejumbroso del narrador. Este *El mapa y el territorio* no abandona ese tono, pero aquí está cruzado por vetas de humor y, sobre todo, engarzado en una estructura monumental. Además del hecho de que, si en las dos novelas mencionadas podríamos decir que Houellebecq limitaba más el objetivo de sus lamentos –sobre todo en *Las partículas elementales*, muy centrada en el sexo, aunque en un sentido amplísimo que alcanza a todo lo que al sexo rodea, incluidas las relaciones paternofiliales– en *El mapa y el territorio* la ambición de Houellebecq se



amplía aún más, la cámara retrocede y, para nuestra sorpresa, nos encontramos el lado más humanista del autor.

Obviamente, se trata de un humanismo “houellebecquiano”, así que muchos dirán que el término “houellebecquiano” es precisamente lo contrario del humanismo y lo cierto es que no tengo gran cosa que oponer a ese argumento. El humanismo de Houellebecq –si es que existe o se le puede llamar así- se basa en la anulación radical de toda trascendencia, pero también en la consideración de que existe un modo más “humano” de vivir la existencia, aunque dicho modo más “humano” exige, en primer lugar, la admisión de la contingencia absoluta de la humanidad y cuanto tiene que ver con ella. El de Houellebecq es un humanismo en el que el amor -que es absurdo y está condenado a desaparecer- puede jugar su papel, en el que la amistad -que es absurda y difícilísima y está condenada a desaparecer- puede existir y puede tener, incluso, algo parecido a una “misión” siempre y cuando de esa misión no se espere ninguna conclusión ni se le atribuya ninguna cualidad metafísica.

El humanismo de Houellebecq es un humanismo, por decirlo así, existencialista. Es un humanismo que no se dirige al hombre, sino a la existencia humana, entendida en su contingencia y su irracionalidad. Esto puede explicar la extraordinaria importancia que los “objetos” -los “productos”- tienen en la novela. Por ejemplo, aquella vieja caldera que mencionábamos antes y que tiene un protagonismo notable es, en cierto sentido, el contrapunto de la última revolución industrial, de aquella que nos ha desposeído incluso de nuestros objetos, porque los productos que de ella salen apenas son sombras de plástico que se deshacen entre los dedos y han de ser remplazados por otro modelo, por otro aparato superior. Es Michel Houellebecq, al fin y al cabo. En su humanismo, si es que lo es, todo termina mal, muy mal. Hasta los objetos mueren.

Fontes:

- [El Cultural \(2011\)](#)
- [El País, Babelia \(2011\)](#)
- [El Imparcial \(2012\)](#)

Para saber más:

- [Revista de Letras \(2011\)](#)
- [Factor Crítico \(2011\)](#)
- [Revista de Libros, crítica de José María Guelbenzu \(2011\)](#)
- [Michel Houellebecq, el vacío de la existencia \(La Nación, Argentina 2016\)](#)
- [Houellebecq y sus circunstancias \(Revista Ágora\)](#)

[Archivo documental das Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda  
Avenida Rosalía de Castro 227 A  
15172 – Perillo (Oleiros)  
Tfno.: 981 639 511  
Fax: 981 639 996  
Email: [biblioteca.rialeda@oleiros.org](mailto:biblioteca.rialeda@oleiros.org)  
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>